

Alfredo Nistal (1)

# Humano ciclope

(Romances)

## I.

### PRELUDIO



CUATRO calles a cordel,  
cuarenta cubos de adobe,  
plaza en cuadro, rollo en medio,  
blanca iglesia y mocha torre:  
Cañete de los Confines,  
medida de humos y bronce,  
levanta en el zastro mítico  
voz antigua y eco joven.  
Espesuras desgredadas,  
que bajan de monte en monte,

---

(1) Escritor español, residente desde hace algunos años en Chile. Nacido en Madrid el 9 de octubre de 1895. Los romances que ahora publica «Atenea», forman parte de un Romancero que lleva igual título. Ha escrito, además, un ensayo biográfico sobre el Presidente chileno José Manuel Balmaceda.—N. de la D.

sitian la puebla y la colman  
de su aliento y sus clamores.  
En los juncos de la lluvia  
el viento mete sus hoces.  
Juncos de lluvia en el viento,  
a la orilla de la noche,  
doblados del talle, al peso  
de una humareda de flores.

## II

### PARTIDA

Rebato de medias voces  
en la plaza de Cañete.  
se aolman sobre el gentío  
cincuenta quietos jinetes:  
la adarga sobre el arzón,  
lanza en cuja y rienda breve.  
Luengos tabardos anublan  
relumbres de los arneses.  
Azufra el véspero lívido  
las crestas de los almetes.  
Al hombro el arco y la aljaba,  
doscientos indios pehuenches  
embozan figuras graves  
en sus chamantos alegres.  
Hidalgos en torno, abiertos  
de piernas y de desdenes,

hundidas las barbas duras  
en capas de recios pliegues,  
derribados sobre el rostro  
los chapeos relucientes,  
hacen un corro de sombras  
a la ensombrecida lueste.  
Y asoma a los quicios negros,  
que raya en gris la intemperie,  
tal que otra dueña, el refajo  
sobre las tocas de nieve.  
Don Alonso de Reynoso,  
gobernador de Cañete,  
flotante el manto de grana,  
yelmo con tres plumas verdes,  
cabalga y caracolea  
en un potranco vehemente.  
Los pífanos y atabales  
abren el «ballet» de siempre.  
La trompa rompe la marcha,  
se achica, se hunde y se pierde...

Noche, viento y lluvia rondan  
soledades de Cañete.  
Ateridos centinelas  
se llaman de fuerte a fuerte.

### III

#### EMPRESA

El agua cielos abajo,  
en desmelenada fuga;  
el agua en la tierra madre,  
buscando a locas su cuna;  
labios del agua, con besos  
de terca y fría ternura;  
brazos del agua, colgados  
al cuello de selvas mustias,  
habla del agua, inefable,  
como el amor y la música;  
cuerpo caído del agua,  
rodando por las honduras . . .

Terruño cresco de montes  
ya se empina o se derrumba,  
cargados los rudos lomos  
con arboledas convulsas.  
Encabritados repechos  
van al vértigo y la furia.  
Súbitos y escurridizos  
esguinces de las alturas  
acaban dando de bruces  
en brazos de yertas lunas;  
brazos de sombra, cuajada  
entre pulseras de espuma.

Por un zodiaco de albures  
culebrea la columna,  
de mano de la cellisca,  
los ojos y el juicio a oscuras.  
Caballeros y peones,  
sartas en hilo de bruma,  
se enhebran unos tras otros  
en el azar, la figura  
del ente que va delante  
por norte estrella y brújula.  
Para su aguado capote,  
curtido guerrero rumia:  
— ¡Pésia a mí, bravo aquelarre!  
¡Linda tierra para brujas!—  
Y algún bachiller en sueños  
fantasea y se pregunta:  
— ¿Sería tal cual el caos  
que pintan las Escrituras,  
antes que apartara Dios  
los gallos de las lechuzas?—  
Mas aun los tiempos confunden  
sombra y luz, veras con burlas.

La hueste parada está  
en un nimbo de penumbras.  
Es un caracol de riscos,  
por cuya osada voluta  
caudal salido de madre  
despeña sus aguas turbias.

Cauce arriba y pecho al agua,  
la tropa remprende ruta.  
El raudal revuelto al cuello,  
asido a petral y grupa,  
hombres y caballos juntos  
jadean, gimen, trasudan,  
y cuando al cabo coronan  
cumbrales de Nahuelbuta,  
del barro del paraíso  
parecen frescas hechuras.

Recobran resuello todos.  
El pulso las sienas punza.  
Delante se ofrece un llano  
y en él, un cerco de rucas.  
Quitándose de los ojos  
los cabellos de la lluvia,  
un breve punto contemplan  
la mansa visión, tan pura...

Mas pronto, con altas voces  
de guerra, que al eco asustan,  
del acto de sangre cumplen  
la milenaria liturgia.  
Estalla latir de canes,  
resuenan gritos de angustia,  
febles vocezuclas lloran,  
los arcabuces retumban.  
Don Alonso de Reynoso,

seguido de rala turba,  
a todo correr, se mete  
en la mayor de las rucas.  
Tinieblas, silencio. El lar,  
con tenue rescoldo, alumbra . . .  
De improviso, el claroscuro,  
viril silueta y hercúlea  
yergue del fondo del sueño  
su carne fosca, desnuda.  
Como al semidios antiguo,  
un basto al fantasma abulta  
y ya el fantasma, a dos manos,  
lo blande en airosa rúbrica.  
Todos se guardan del golpe  
y el golpe no llega nunca:  
en la cruz de la techumbre  
quedóse ahogada su furia.  
Vacila el hombrón; repuestos,  
los atacantes le acucian;  
un estoque toledano  
le alcanza al pecho, de punta.  
—¡Cogedlo vivo!—Reynoso  
vocea, y todos a una,  
soltando picas y espadas,  
el cuerpo gigante apuñan.  
Al mando firme del alma,  
el cuerpo se da sin lucha:  
como dulce buey, acepta  
yugo, carga y ligaduras.

Sacáronlo a cielo raso,  
por verle la catadura.  
El aro de rucas baila  
cueca de hollín y de púrpura.  
Es un hombre ancho de pechos,  
escurrido de cintura;  
su carne, en bullón de azófar,  
normas de macho coagula.  
El rostro se borra, en cambio,  
tras un antifaz de arrugas,  
a cuya urdimbre se asoman  
dos presos a su clausura:  
dos ojos dispares, uno,  
como hueso de aceituna,  
menudo y resbaladizo;  
el otro, como en las húmedas  
lindes del anochecer  
redonda y sangrienta luna...  
Los españoles alzaron  
trofeo de voces súbitas.  
—¡Caupolicán!—esculpiéron  
los ecos, bajo sus cúpulas.  
Mas, ya en la gloria, el acaso,  
jugando con la fortuna,  
baraja el naipe: el as de oros  
asoma su pinta rubia.